

# Carácter, unidad y sentido de la Cultura antigua del Perú

FERNANDO SILVA SANTISTEBAN

La arqueología dista mucho todavía de haber revelado la verdadera magnitud y el significado de las obras realizadas por la Antigua Cultura del Perú; sin embargo, por lo que hasta la fecha se sabe con certeza, no cabe duda de que se trata de una de las manifestaciones más extraordinarias entre las grandes culturas universales. Los museos más importantes del mundo atesoran y muestran las piezas del arte peruano prehispánico como ejemplares realmente excepcionales. Y, reivindicadas en su dimensión ecuménica por los estudiosos de todas partes, las “cosas de indios” como hasta hace poco se les llamaba, han alcanzado el alto grado de admiración que entraña la jerarquía del espíritu que simbolizan.

El Perú prehispánico fue uno de los escasos focos originales de cultura. La Civilización Andina, o Peruana, y la Egipcia o Nilótica son —separadamente, por cierto— las únicas entre las altas culturas universales que no tienen vinculación filial con otros antecedentes.

El paso de las formas de vida parasitaria a los sistemas de una economía de producción es el evento de mayor trascendencia en la historia de la humanidad. *Revolución Neolítica* le han llamado los historiadores por el cambio fundamental y revolucionario que significa; de consumidor —cazador o recolector— el hombre se convirtió en productor. Mediante el conocimiento y ejercicio de la agricultura y la domesticación de animales adquirió el control sobre su propio abastecimiento de alimentos, sin el cual no hubiese sido posible el desarrollo posterior de la civilización. Esta transformación primordial, con los resultados subsiguientes, no fue exclusiva del Asia Anterior, como algunos han creído, sino que se llevó a cabo en tres o cuatro centros originarios de cultura en el mundo. Uno de estos focos de eclosión cultural fue el Perú y hace alrededor de siete mil años que aquí se produjo en forma coincidente con el Cercano Oriente y Mesoamérica. Empero, la *Revolución Neolítica* no es un solo acontecimiento sino la culminación de un largo proceso. El hombre andino realizó este proceso revolucionario desplegando un formidable esfuerzo para dominar su ambiente y desarrollar su existencia y su cultura.

Las evidencias de mayor antigüedad que se tienen de la presencia del hombre en tierra peruana datan de hace cerca de diez mil años \*, según las fechas obtenidas por el carbón radiactivo. Toquepala ( $9580 \pm 160$ ) y Lauricocha ( $9525 \pm 150$ ) son los lugares más tempranos; en ambos, aunque en el segundo sin asociación directa con los materiales fechados, se descubrieron manifestaciones artísticas que nos indican el sentido estético de los cazadores andinos de aquellos tiempos; son escenas cinegéticas pintadas en las paredes de las cuevas, como en las cavernas paleolíticas de Europa, y que acaso también encierran el contenido mágico del ritual propiciador de una buena cacería. En el estrato más antiguo de Lauricocha se han encontrado varios esqueletos humanos extrañamente mutilados y cubiertos, algunos de almagre y otros de oligisto, lo cual permite deducir que desde tan tempranas épocas ya existían ciertas prácticas funerarias con posible sentido religioso. Algunos de estos mismos esqueletos presentan, además, deformación craneana artificial del tipo "tabular erecta", que evidencia la preocupación estética de aquellos hombres en una práctica posteriormente tan extendida entre los grupos andinos. Se han recogido, asimismo, abundantes artefactos de piedra, de hueso y de obsidiana, excelentemente labrados y cada vez más especializados; cuchillos, puntas de dardos, raspadores, punzones, todos tallados de cierta manera, es decir, con una técnica ya tradicional. De épocas un tanto posteriores se identificaron en la costa pequeños caseríos, que en conjunto forman un complejo cultural bien definido; se trata de poblados de recolectores de moluscos y cazadores de animales marinos, que habitaban en casas semisubterráneas, que cocían sus alimentos con piedras caldeadas, usaban anzuelos hechos de espinas y de conchas, tenían redes tejidas de pita, enterraban a sus muertos en posición estirada, fabricaban hermosas canastas, se servían de mates como recipientes (había de transcurrir aún muchos siglos para que conocieran la cerámica) practicaban el tejido entrelazado, empleaban la estólica para lanzar sus dardos armados con puntas de obsidiana y sabían adornar bellamente sus implementos; sentido artístico por el cual se puede advertir ya, en los rasgos de ciertos temas pan-peruanos, las raíces de los procesos que culminarán rigiendo las tradiciones clásicas posteriores.

La pesca, la caza y, sobre todo, la recolección de moluscos y de insectos eran las fuentes principales de alimentación; comían, además, una variedad de guayaba que fructificaba en las márgenes de los arroyos, ciertos tomatillos, semillas de aliso, raíces de amancaes y una especie de yuca. Parece que eran plantas silvestres, pues no hay indicios de que fueran cultivadas, pero es obvio

---

\* Hace poco se han dado noticias de los hallazgos de Richard Mac Neish en Pacaicasa. Jayhuamachay, Piquimachay y otros lugares cercanos a Ayacucho, hallazgos que avanzan la presencia del hombre en la región andina hasta los 15,000 años. El mismo arqueólogo presentó al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas un informe acerca de sus investigaciones, en el que mostró las evidencias de hallazgos de 8, 12 y 14 mil años, conjuntamente con la presencia de relictos de una megafauna que va más allá de los 17 mil años. Estos descubrimientos constituyen hitos de suma importancia en la prehistoria peruana, pero no se ha publicado todavía el informe detallado de estas investigaciones.

que los hombres de esta época estuvieron ya familiarizados con el ciclo vital de éstas como de otras especies vegetales que les rodeaban. Hacia el año 3500 antes de Cristo, aparecen las primeras plantas cultivadas: pallares, ají, jíquima, algodón. Poco a poco se incorporan nuevas plantas a la dieta de los antiguos peruanos, que las van domesticando y transformando. La domesticación de estos cultivos refleja la misma clase de experimentación prolongada que en la Media Luna Fértil del Cercano Oriente. Además se produjeron derivaciones locales y circunscritas a determinadas regiones, por ejemplo, el complejo papa-quinua-oca-olluco estuvo siempre limitado a la región andina central.

Alrededor del año 2000 antes de Cristo, las comunidades lograban pequeños excedentes que les permitía intercambiar productos y, no obstante la precaria seguridad de las cosechas, los miembros del grupo podían dedicarse a otras ocupaciones. Comenzaron así el comercio, la tejeduría y las prácticas del culto. El perfeccionamiento de los sistemas de riego, la construcción de canales y la preparación de las sementeras acrecentaron la producción en todo orden de cosas; se iniciaron a gran escala los cultivos de la papa, de los frijoles, de maní, quinua, del maíz y otras plantas básicas de la alimentación de los antiguos peruanos; luego, como resultado del ejercicio mismo de las ocupaciones, aparecen los primeros especialistas: agricultores, artesanos, sacerdotes y soldados.

La comunicación que, indudablemente, tuvo lugar entre los diferentes grupos del área andina implicó cierto intercambio de ideas y técnicas y, poco a poco, la selección de algunos procedimientos eficaces en la selección de sus problemas y fabricación de utensilios se hizo común. Se habían echado las bases para el desarrollo posterior de la civilización.

Con las prácticas agrícolas la vida se torna sedentaria, el hombre se enraíza cada vez más en la tierra y, como un símbolo de esta nueva vinculación, aparece la cerámica, arte de la tierra, como la agricultura, como la civilización misma. La aparición de la cerámica, por el año 1500 antes de Cristo, inaugura un período de capital importancia en la cronología del área andina.

Mil años antes de Cristo, en la época del imperio bíblico de David y Salomón, de las florecientes ciudades fenicias de Tiro y Sidon y en la que culmina el desarrollo de las culturas preclásicas del Valle de México, el territorio peruano es escenario de un interesante momento cultural. Los arqueólogos han encontrado en la cerámica de toda el área una modalidad más o menos general, un conjunto de rasgos que se identifican bajo un patrón común que parece corresponder a la expansión de una corriente cultural que compromete toda la región andina. Junto con la propagación del cultivo del maíz se advierte además la presencia de edificaciones monumentales, de reductos fortificados, de monolitos esculpidos, templos piramidales, de un arte textil muy evolucionado como el de Parakas —el más notable de todos los pueblos del mundo antiguo— así como diversas muestras de un complicado culto religioso y el tratamiento de algunos metales.

Se cumplen las mismas etapas del proceso que, después de la Revolución Neolítica, se originan en Egipto, Mesopotamia, China y Mesoamérica, en sus respectivas épocas.

Fayum, Merinde y Badarí en Egipto; Mers, Hassuna y Halaf en Mesopotamia y Siria; Yang Chao en la China y Tlatilco en México son los resultados análogos de procesos semejantes. Todas estas manifestaciones, en cada una de sus áreas, corresponden al horizonte que genéricamente ha sido denominado *Formativo*. En el Perú se le ha llamado también Temprano y Chavinoide por haberse encontrado en Chavín el tipo de cerámica más representativo.

El sistema de agricultura permanente, estimulado por la incorporación del maíz, opera cambios muy notables en la vida de las comunidades. Se ha domesticado ya por entonces la casi totalidad de las plantas originales de la flora andina, las mismas que, conjuntamente con las procedentes del área mesoamericana, constituyen la cuarta parte de las plantas cultivadas en todo el mundo.

La organización colectiva se eleva a otro nivel; las exigencias del desarrollo económico conducen a la formación de instituciones gubernamentales cada vez más complejas, dentro de las cuales el sacerdote juega papel importante, acaso el principal. La magia que predominaba en los años de los agricultores incipientes es desplazada por la religión y se dedican al culto edificios especiales, adoratorios que son al mismo tiempo los primeros centros de observación de las estaciones y otros fenómenos relacionados con la agricultura. Con el desarrollo de la producción, los sacerdotes consiguen arrancar a la masa, invocando siempre la divinidad, una mayor cantidad de trabajo; las fuerzas que incrementan la productividad se las hace devenir del poder sobrenatural, es decir, las causas del éxito son transferidas a la divinidad, la que exige algún tipo de retribución. De este modo se instituyen ofrendas, ritos y sacrificios, que fomentan y organizan los sacerdotes.

Hacia el año 200 antes de Cristo, comienzan a distinguirse algunas regiones por su mayor adelanto cultural. Las mismas consecuencias del *Formativo* y la presión del ambiente determinan un cambio en el panorama andino. En la cerámica se observan diversas y sobresalientes expresiones. Entre las sociedades que alcanzan mayor progreso están: Moche, con cinco fases sucesivas; Cajamarca, que presenta un hermoso y singular estilo; Nasca, con seis divisiones consecutivas; Ayacucho; Waru; etc., y poco más tarde, en la región del Altiplano, la hierática y misteriosa cultura de Tiahuanaco. En realidad, cada una de estas manifestaciones de la cerámica representa la adaptación aproximada de cada grupo a su ambiente específico, con una ideología más o menos adecuada al mismo. Las diferencias derivan de su relativo aislamiento —en algunos casos por los conflictos que se desencadenan— y de la multiplicidad de inventos y descubrimientos secundarios que se producen, condicionados por las peculiaridades del habitat.

Los mochicas imperan en los valles norteños, y más que una confederación tribal, como se ha pensado, la sujeción de estos valles tiene la apariencia de un dominio coactivo. Los mochicas fueron un pueblo esclavista con pro-

fundas diferencias sociales. Para buscar tierras y esclavos que trabajasen para ellos se lanzaron sobre los valles vecinos. En las pinturas de su cerámica se reproducen innumerables escenas de guerras y peleas; son frecuentes los dibujos de prisioneros conducidos tras la humillante curva de una soga, las manos atadas, sangrantes y desnudos, ante los curacas y sacerdotes de quienes dependía su destino. Algunos eran sacrificados a los dioses, otros condenados al servicio de los grandes señores y la mayoría a extraer el guano de las islas para fertilizar las tierras de cultivo. La actividad de los mochicas fue intensa; construyeron extensos canales de riego, se esmeraron en la agricultura para lograr cada vez un mayor rendimiento. Con las luchas frecuentes, en su política de dominio, se creó una clase militar especializada. Hasta entonces el ejército había estado constituido por todos los hombres de la tribu en condiciones de luchar, pero luego fue necesario formar un cuerpo de soldados dedicados exclusivamente a ganar y a conservar las conquistas. De este modo superaron a todas las agrupaciones contiguas y se ubicaron en el más rico y notable sector de la costa peruana. Sus aptitudes, favorecidas por el medio, alcanzaron grande y ostensivo refinamiento.

En la costa sur, los nasquenses habían hecho florecer su cultura en una línea más o menos parecida. Sobre los elementos conseguidos en el horizonte anterior estructuraron un sistema de vida mejor organizado, según lo evidencian los centros de población descubiertos. Una rica tradición policroma en su cerámica —la más bella de América precolombiana— se conjuga con un arte textil igualmente notable; un régimen planificado de edificaciones y un organismo militar que no tenían nada de anodino, son las características más señaladas. No sabemos cuáles hayan sido las razones que estimularon a los hombres de Nasca para que se dedicasen a la costumbre de cazar cabezas humanas, pero lo cierto es que con frecuencia lo hacían y era parte importante de su vida. Hay muchos indicios que afirman la costumbre de conservar cabezas-trofeo.

En éstos como en otros grupos del territorio, el crecimiento de la población no guarda relación, en un principio, con el aumento de la producción, lo cual condujo a las conquistas para adquirir tierras, brazos o tributos. Se explica de esta manera la aparición del militarismo. Es evidente también que se desarrollaron sistemas sociales en los que una reducida clase aristocrática, que detentaba al mismo tiempo los poderes militar y religioso, dirigía y ordenaba la vida y el trabajo de las masas.

Se ha denominado a este período *Era Floreciente*, o de las tradiciones clásicas, teniendo en cuenta, sobre todo, la belleza y perfección de la cerámica. Es indudable que los artesanos especializados dedicaron todo su tiempo a la producción de artículos de fina calidad y hermosura. También se edificaron centros religiosos más grandes y mejor contruidos y se desarrollaron los calendarios y otros logros intelectuales.

Aproximadamente, después de mil años de relativa insularidad, por el siglo IX de nuestra Era, los diversos pueblos del territorio andino entran en una época de interrelación. Se advierte en la cerámica del área andina que las

tradiciones clásicas y las formas regionales típicas son interrumpidas por una nueva corriente cultural, una modalidad que los arqueólogos verificaron en un principio como "tiahuanacoide". Investigaciones posteriores nos llevan a la conclusión de que existen fundamentadas razones para inferir la existencia de un estado imperial, con su capital Huari (en Ayacucho) que controlaba el área co-tradicional andina central. Es más, grandes complejos de edificios de almacenamiento en lugares diversos del país como Huiracochapampa, en Huamachuco, y Piki-Llacta en el Cuzco proporcionan otras pruebas acerca del control político de Huari y hasta sugieren una administración centralizada como la que los Incas instauraron posteriormente. Estamos seguros de que ya desde esta época, cuando menos, data el establecimiento de aquella extraordinaria institución de sujeción y dominio: los *mitimaes*, que los incas aplicaron con tanto acierto colonizador. Los hallazgos en lugares tan distantes como Huari (Ayacucho), Pacheco (Ica), Huamachuco (La Libertad) Piki-Llacta (Cuzco) y otros en Huancavelica y Apurímac, de gran cantidad de restos de alfarería no sólo correspondiente a manifestaciones foráneas sino fabricadas en otros sitios, como en Cajamarca y Nazca por ejemplo, demuestran la existencia de importantes colonias de gente transportada.

La nueva religión impone cambios sustantivos en las costumbres, algunas de las cuales continuarán hasta la conquista española. Pachacamac, que más tarde, en la época de los incas, gozó de gran prestigio y ascendencia como el centro religioso más importante de la costa, ya en este horizonte ejercía su preponderancia. No se sabe si fue la residencia de algún régulo independiente o si haya estado sujeto al dominio Huari, lo cierto es que a través de su famoso oráculo fue un centro religioso de extraordinaria actividad y su esfera de influencias tuvo enorme extensión.

El conocimiento del bronce, ricas producciones alfarera y textil policromadas y estilizadas a base de representaciones simbólicas, la inusitada presencia de monolitos esculpidos y el desarrollo de las poblaciones que se constituyen en verdaderas ciudades —con lo cual la Cultura Peruana alcanza el grado de civilización— caracterizan esta etapa llamada *Horizonte Medio*, o de la Expansión Tiahuanacoide. Cuando se descubrieron las formas llamadas "tiahuanacoideas", se creyó, en un principio, que eran las mismas de la cultura Tiahuanaco; luego de la confrontación de los tipos que Uhle había encontrado en la costa (Pachacamac) con los del Antiplano, se estableció una diferencia entre "Tiahuanaco de la Costa" o "Tiahuanaco peruano" y "Tiahuanaco de la Sierra" o boliviano. Bennett identificó el conjunto peruano con las manifestaciones de Huari, en Ayacucho y, últimamente, los estudios de Lumbreras y Menzel han definido esta separación. Sin embargo, es evidente que, en un principio, las formas del estilo Huari se originaron por la influencia de Tiahuanaco del Altiplano.

Los factores que en la cerámica determinaron la modalidad expansiva, pierden su fuerza y de repente se dispersan en pluralidad de nuevos estilos. Lo que sucede es que la decadencia y casi inmediata extensión del Imperio Huari

trajo consigo la independencia de las diversas regiones y, consecuentemente, el robustecimiento de sus tradiciones propias. Este hecho se puede tomar como punto de partida para señalar el advenimiento de un nuevo período cultural en el que se desarrollan importantes estados. Los más caracterizados son: Chimú, en la costa norte; Cuzmanco y Cajamarca en la sierra norte; Chíncha, en la costa sur; la Confederación Cuzqueña (Quillque, arqueológicamente); y otros diversos reinos en la sierra central y en el Altiplano; Wancas, Pocras, Chancas, Kollas, Lupacas, etc.

El reino de Chimú en sus momentos de mayor expansión llegó a comprender todos los valles costeros del Norte, desde Tumbes hasta Carabaylo, y se alió en la sierra con Cajamarca y Cuzmanco, que parecen haber sido también estados poderosos; Chan Chan, la ciudad capital, con sus calles rectas y bellos jardines entre los edificios y palacios adornados con maravillosos frisos en relieve, es un magnífico ejemplo de urbanismo. Hermosa e importante ciudad, cuyas ruinas cubren una extensión de más de veinte kilómetros cuadrados; altas murallas divisorias separaban diez grandes unidades rectangulares, con sus respectivas calles, plazas, casas con techos de dos aguas, depósitos de agua, pirámides y otras instalaciones propias de un gran centro metropolitano. Sin embargo, Chan Chan no fue la única ciudad del reino, pues en cada uno de los valles se encuentran ciudades parecidas. Pacatnamú y Purgatorio son, por ejemplo, dos de estas poblaciones, aunque bastante más pequeñas.

La producción no fue, como en épocas anteriores, para la clase privilegiada sino que se repartió entre todo el pueblo. Hay un rasgo que sorprende, y es la igualdad de la mujer. Es probable que los incas adoptaron de los chimús el sistema de gobierno a través de una nobleza hereditaria local, lo mismo que la planificación de las ciudades, el sistema de *chasquis*, empleado ya por sus antecesores los mochicas, la producción en masa, ciertas técnicas de la metalurgia y el refinamiento de los tejidos de plumería. Los hombres de Chimú fueron excelentes ingenieros y artesanos de asombrosa habilidad. La conquista incaica tuvo lugar entre los años 1462 y 1470. El esplendor de Chimú desapareció con la conquista española, pero sobreviven todavía sus descendientes en los mismos valles y aún quedan vestigios de su magnificencia. Chan Chan, otrora activa y bulliciosa ciudad, llena de gentes atareadas, con algarabía de niños y preocupaciones domésticas, yace ahora arrasada, espectral. Ha desaparecido ya su lengua que hasta hace unos cincuenta años la hablaban algunos ancianos, pero queda una gramática y vocabulario que compuso en 1640 el cura de Requena don Fernando de la Carrera.

La formación del Imperio de los Incas y su expansión militar trajeron como consecuencia la unificación cultural de casi toda el área co-tradicional. Si bien es cierto que los conquistadores Incas aprovecharon las ideas y algunas instituciones de los pueblos que les precedieron, crearon, sin embargo, muchos organismos originales, adaptándolos maravillosamente a las necesidades que surgían de la mecánica de su expansión y dominio. Lo más significativo fue la orien-

tación de su política hacia la integración cultural de todo el territorio, interrumpida por la llegada de los conquistadores españoles.

El Imperio de los Incas representa el sistema de gobierno más altamente desarrollado que encontramos entre los pueblos del Nuevo Mundo. En realidad, el Tahuantinsuyo fue, esencialmente, una federación de entidades políticas conquistadas, algunas de las cuales habían alcanzado un desarrollo de gran preponderancia, como es el caso del reino de Chimú. Respetando, en ocasiones, las creencias de los pueblos que iban anejando y manteniendo ciertas autoridades locales, los incas impusieron su poder gracias a habilísimos métodos coadyuvantes a la unificación, como el establecimiento de una lengua general, *runa simi*, y el sistema de los *mitimaes*. Naturalmente, una organización de este tipo de desarrollo político tenía que conducir a la formación de una burocracia encargada de velar por la integridad del Imperio y de conservar el nivel productivo y su distribución.

De ahí, con cierta probabilidad, se puede deducir que los sistemas incaicos tendrían sus raíces en las tradiciones de Wari, Nasca, Tiahuanaco y Chimú más que en las culturas anteriores del mismo valle del Cuzco.

\*

De manera muy general y suscita hemos descrito lo que a nuestro juicio constituye lo más sobresaliente de las consecutivas fases o etapas del proceso histórico de la Cultura Peruana Pre-hispánica. No es posible entrar en detalles, por la índole misma de este artículo, pero se advierte claramente como es que, en la secuencia intercalada de horizontes y períodos culturales de este proceso, existe un ritmo repetido, una regularidad en cierto modo reiterable a partir de la Revolución Neolítica: épocas de unificación cultural, en que las diferentes manifestaciones arqueológicas aun de lugares bastante alejados como Cajamarca, Ayacucho, Ica o Lambayeque, parecen influenciadas por la misma modalidad y, luego, períodos de diferenciación en las formas, que dan la impresión de que la cultura se particulariza en cada comarca. Alfred Kroeber, al explicar el concepto de *horizonte*, advirtió esta característica del panorama cultural andino; es un especie de *corso y ricorso*, decadencias y resurgimientos, pero no a la manera de Vico sino tendiendo siempre hacia el progreso. Gordon Childe, el célebre historiador de la Cultura, plantea el sentido del desarrollo —para las culturas del Asia Anterior y Occidente— en una línea ascendente que se resuelve en una serie de ondulaciones; de igual modo, el proceso andino se resuelve en una curva sinuosa progresiva, en la que ninguna de las depresiones desciende nunca al nivel precedente y cada elevación sobrepasa siempre a la anterior.

Del estudio comparativo de los procesos de desarrollo de las culturas universales surge un hecho sorprendente, y es la similitud en el ritmo de sus variaciones. Si, por una parte, es cierto que cada sociedad evoluciona siguiendo su propio curso, concorde a la manera como va satisfaciendo sus nece-

sidades internas, el concepto de *progreso* no es tan subjetivo según se desprende del análisis y comparación de las diferentes civilizaciones.

Las diversas "culturas" que se han señalado en el territorio peruano y que han sido siempre estimadas como entidades más o menos independientes y sólo con ciertos tipos de interrelaciones estilísticas de cerámica, tienen en común mucho más de lo que se puede observar en la pintura de sus vasijas. Si antes que en otra cosa nos fijamos primero en la manera como las gentes de todos estos grupos han actuado en función del medio, en la solución de sus necesidades fundamentales, veremos que todos participan, en común, de una interpretación convencional del Cosmos. Puede haber, y de hecho existen, variaciones y desemejanzas en distintos lugares a través de los siglos, pero por encima de estas diferencias, todos los modos de vida se afilian a un sistema de valores y patrones reconocible e inconfundible, un conjunto de rasgos propios y característicos que permiten, a la vez, diferenciar e individualizar a la Cultura Peruana con respecto a las otras culturas.

\*

Cuando nos referimos a la Cultura Andina, o bien al territorio andino, no estamos señalando en particular a las manifestaciones culturales de la región de la Sierra, ni a la cordillera de los Andes solamente. La *Región Andina*, geográfica y culturalmente considerada, comprende toda el área de influencia andina y está integrada por las tres regiones naturales de peculiaridades distintas: Costa, Sierra, y Selva. La Cultura Antigua del Perú abarcó un área mucho más grande —si exceptuamos la Selva— que la actualmente ocupada por nuestro país; a su vez, dentro de esta área se puede distinguir una zona en la que se concentró su mayor desarrollo, donde estuvieron ubicados los grupos más avanzados. Ha sido denominado por Kroeber y Bennett, *Area Co-tradicional Andina*.

Ninguna región en el mundo ofrece, como la región andina, tal diversidad de ambientes en espacio semejante. Los contrastes del clima y, de manera general, del *habitat* son sumamente marcados, como en ningún otro lugar de la Tierra. Mientras que las demás civilizaciones universales florecieron en regiones de clima y altitudes relativamente parejas, los antiguos peruanos tuvieron que enfrentarse con un medio de lo más diverso y severo al mismo tiempo. Indudablemente que fueron los contrastes ambientales que estimularon, en gran parte, el desarrollo de la civilización. La naturaleza en el Perú no es tan pródiga como se piensa; los grandes valles son pocos, los valles y laderas aprovechables de la Sierra son muy pequeños, en realidad, una pluralidad de ambientes que permiten la vida de reducidos grupos; el clima de las mesetas alto-andinas es tan duro e inclemente que éstas son habitables sólo en algunas hondonadas. De manera, pues, que en estos lugares solamente podían reunirse pequeñas comunidades, tan espontáneas como los frutos mismos de la tierra. Paradójicamente, este fraccionamiento de las sociedades es lo que, tal

vez, más influyó en la unificación posterior: Después de la Revolución Neolítica, el autoabastecimiento de cada comunidad era más bien potencial que real, el intercambio con los grupos comarcanos tuvo que ser necesario, frecuente e intenso, creándose por el aumento mismo de la población una dependencia recíproca cada vez más poderosa. Con el tiempo resultó imposible que pudieran unas prescindir de las otras, formándose un todo, en lo que se refiere a sus mecanismos e interrelaciones de producción. Acaso fueron estas condiciones las que más influyeron en la unidad de la cultura, aunque arqueológicamente no sean claramente perceptibles.

La cultura peruana fue fundamentalmente agraria. Todo lo relacionado con el cultivo tuvo la mayor importancia y fijó todas las actividades de la vida del hombre; por eso, la estructura de la sociedad, la religión y el arte están imbuídos de sentido agrario. Sobre las tradiciones y técnicas preexistentes se fue constituyendo un sistema de agricultura que podemos calificarlo, sin reservas, como el más avanzado entre las culturas del Mundo Antiguo. Gracias a procedimientos especiales, los antiguos peruanos convirtieron un país difícil para la agricultura en un país esencialmente agrícola, creando tierras de cultivo. No hay base más sólida para la subsistencia de los pueblos que un sistema de agricultura permanente, y los antiguos peruanos lograron formas permanentes de cultivo en terrenos de alto y constante rendimiento. Esta preocupación fue la actividad ancestral y reguladora de las demás ocupaciones. Los productos que se cultivaron y las maneras de preparar la comida son partes constitutivas de una tradición común, dondequiera que sea, y ya sabemos que la dieta representa un elemento que, como ningún otro, tipifica la unidad económica de un pueblo. Las propias herramientas que se adaptaron a las modalidades del terreno, principalmente la *chaquitacla*, instrumento universal del mundo andino, constituyeron otro elemento de identificación y nexos.

Cuando de ordinario se quiere entender la naturaleza y los mecanismos de relación estructural de las culturas aborígenes, inconscientemente el punto de referencia es nuestro propio contexto de patrones y valores, resulta difícil para quienes no estén iniciados en el estudio antropológico de las culturas hacer abstracción de sus respectivos sistemas y penetrar en el mundo psicológico y convencional de la cultura observada. Entre los individuos que pertenecen a dos culturas distintas existe un mundo de diferencias en las maneras de sentir, pensar y ver las cosas esto es, en la manera total de vivir. Todo grupo organizado en sociedades posee creencias y prácticas, ideas y valores, hábitos y costumbres distintamente estructuradas y que se manifiesta en pautas que llamamos patrones culturales, los mismos que a veces resultan totalmente incomprensibles para individuos de otro sistema. Cada cultura representa, asimismo, una adaptación aproximada a su ambiente, con una ideología a él ajustada. La diversidad de culturas deriva de la multiplicidad de actitudes locales.

Ahora bien, cuando se trata ya concretamente de estudiar y conocer la Cultura Peruana Pre-hispánica, los conceptos y formas de entendimiento están casi siempre referidos al aparato conceptual de *Occidente*, salvo en el caso de

historiadores o antropólogos no occidentales. Y en lo que respecta a los historiadores hispanizantes tradicionales, sus juicios son todavía más restringidos, pues se reducen casi exclusivamente a los valores de orden conceptual español. Por eso es que nuestras apreciaciones suelen responder más bien a lo que subjetivamente se desea que hubiese sido la cultura prehispánica, de acuerdo, por así decirlo, al molde y gusto occidentales. Frecuentes han sido, y lo son aún, las alusiones a la "superioridad" de la cultura del grupo hispano por el hecho de haber conocido la escritura, la rueda, la pólvora o por haber profesado la fe católica y, del mismo modo, a la "inferioridad" o a la barbarie de la cultura aborígen por haberlos ignorado. Esta es una de las causas principales por la que al historiador moderno se le ofrece tan distorsionada la historia de los Incas a través de los cronistas. Leyendo las crónicas resulta difícil comprender el *verdadero* significado de algunas de las instituciones aborígenes, no solamente porque los cronistas no las comprendieron cabalmente, en función de su propio universo y razón de ser, sino por que además sus versiones están "traducidas" al mundo español de entonces. Los españoles llamaron "carneros de la tierra" a las llamas, "leones" a los pumas y "reyes" a los incas. Sólo para mencionar otros casos, veamos también como es que los cronistas e historiadores posteriores califican a las construcciones monumentales de los antiguos peruanos, conforme al patrón europeo medieval, en "castillos", "palacios", "templos" o "fortalezas"; no podían concebir que tuvieran también otras funciones que las específicas de las edificaciones occidentales. Lo mismo sucede con las palabras "nobleza", "familia", "pueblo", "matrimonio", etc., que resultan totalmente distorsionadas si tomamos *ad litteram* el significado español de estas instituciones. Hay que considerar aparte la mayor o menor claridad o prolijidad de los relatos y la intención subjetiva con la que fueron escritos.

Lo que más llama la atención al estudiar la historia del Perú prehispánico es la enorme preocupación del hombre peruano por la economía. Pero la apariencia que implica la utilización en común de los factores de producción, la tenencia de la tierra y la organización del trabajo, ha inducido a algunos historiadores a identificar al Imperio de los Incas con el Socialismo de Estado o con el Comunismo. Salvando los méritos y las explicaciones del extraordinario trabajo de Baudín, no se ha hecho otra cosa que incurrir en generalizaciones aventuradas, por decir lo menos. La cultura de los Incas es la fase final de una cultura autóctona, *sui generis*, con sus concepciones y modalidades propias, originales, por eso es que resulta incongruente clasificarla o identificarla con regímenes de otra vigencia. Por otro lado, existen rasgos invariables, comunes a todas las sociedades de la Cultura Andina que se organizaron en estados y que de ninguna manera podrían ser aceptados como de filiación socialista o comunista: El mando político dinástico (desde la época Mochica) se basaba en la explotación de la gran masa de la población —el trabajador, esclavo o miembro de su comunidad con plenitud de derechos, distaba mucho de ser un hombre realmente libre— y el sostenimiento de los sacerdotes y clases gobernantes se llevaba a cabo mediante la desviación de una parte de la producción y con la concurren-

cia de ciertas formas de trabajo no remunerado. Ambas características no sólo entrañan una profunda división de clases, sino también el hecho de que el excedente producido por el trabajo de los vecinos no era destinado precisamente al bien común sino que servía para sostener a quienes ejercían las funciones políticas y sacerdotales, hecho que de ningún modo puede perderse de vista.

La clave, si se quiere, para comprender las diferencias entre los mundos aborígenes y occidental está en la naturaleza y significado de la posesión y adquisición de bienes en cada cultura. Existen diferencias estructurales y conceptuales muy profundas entre una sociedad que posee un sistema económico monetario y otra que no lo conoce, entre las aspiraciones e inquietudes de los individuos pertenecientes a un grupo en el cual se puede acumular riquezas y de otro en el que no existe el concepto de riqueza. En general es muy diferente la orientación misma de las diversas actividades de la vida de los hombres.

La sociedad occidental, industrializada y agresiva, tiene establecido un orden económico en el cual las relaciones están reguladas por el poder adquisitivo de dinero. Prácticamente, desde que los lidios inventaron las monedas y después que los fenicios y griegos homéricos concretaron un sistema de pagos basado en el peso de los metales preciosos, la historia de la Civilización Occidental es la historia del dinero. La adopción de la moneda permitió el desarrollo del intercambio comercial y aportó un nuevo tipo de orden a las actividades humanas; surgió el capitalismo y se convirtió la moneda en protagonista de la evolución social y en el símbolo de la Civilización. Tanto para nosotros, hombres del siglo XX, como para los españoles del siglo XVI, el sentido de la casi totalidad de nuestros actos está orientado en funciones de la consecución y posesión de dinero; aspiraciones, ambiciones, frustraciones, triunfos y fracasos están referidos al signo del oro. Nuestra cultura, con todo el contexto de patrones y escalas de valores, está organizada en función de este tipo de regulación económica; pobreza y riqueza no son más que los extremos antagónicos y definitivos de una sociedad que se debate y se angustia por la posesión del dinero. En cambio, las diversas sociedades de América pre-colombina, entre ellas los pueblos que conformaron la Antigua Cultura Peruana, no conocieron el dinero; mejor dicho, sus sistemas económicos, especialmente tal y como se manifiestan en los mecanismos de circulación, posesión y propiedad de los bienes, estuvieron regulados por otros preceptos, dentro de otro orden de cosas creado y plasmado en el curso de su desarrollo histórico, de acuerdo con las tradiciones de la propiedad en cada grupo vigente. En consecuencia, el sentido de la existencia misma en los grupos aborígenes es completamente distinto, al proyectarse sus sistemas sobre un fondo cultural diferente.

No cabe aquí hacer la comparación ni el análisis de ambos contextos; nos hemos limitado sólo a destacar este hecho muy superficialmente —sacrificando inclusive diferenciaciones conceptuales un tanto más sutiles acerca de los bienes, propiedad, posesión, moneda, dinero, etc.— porque lo consideramos un punto de partida necesario para establecer las diferencias fundamentales que nos ayuden a comprender el fenómeno de aculturación, cuando en el siglo XVI se

produce la conquista española y luego resulta tan problemático determinar las dificultades y grados de integración de ambas culturas o la asimilación de la aborígena por la europea.

\*

La alfarería, desde su aparición en el área co-tradicional, es el principal asidero para la diferenciación de las diversas fases de la Cultura Peruana Prehispánica. Nada preocupa tanto a los arqueólogos como el estudio de la cerámica, al extremo de que los demás aspectos de la cultura han quedado subordinados, absorbidos si se quiere, por el interés ceramográfico. Una especie de deformación profesional ha llevado a los arqueólogos a explicar el proceso del cambio y desarrollo culturales exclusivamente en función de la cerámica; de esta manera se habla de horizontes “Blanco sobre Rojo”, “Negro sobre Blanco”, “Negativo”, etc.; los límites cronológicos y espaciales de los diferentes períodos han sido definidos de acuerdo con los restos de la alfarería encontrada; numerosas “culturas” han aparecido en los lugares donde se ha recogido una cerámica más o menos original. Deja la impresión de que el hombre andino sólo hubiese existido para fabricar *huacos* y que sus modos de vivir y todas sus realizaciones hubiesen estado sometidas a la decoración de los mismos. Es cierto que las variaciones de formas y estilos reflejan de alguna manera los cambios culturales, pero no necesariamente expresan la naturaleza de las transformaciones sociales y estructurales de los grupos; los rasgos y patrones estéticos, como la moda, pueden permanecer estables mientras se producen variaciones y cambios sociales notables y, viceversa, pueden modificarse y hasta desaparecer en tanto los pueblos mantienen durante algún tiempo otras formas tradicionales.

La excepcional riqueza alfarera de los antiguos peruanos, el sentido extrautilitario con el que fabricaban las piezas y la falta de evidencias documentales más perfectas, son las principales razones por las que se ha convertido la cerámica en el elemento primordial de juicio y base de la determinación de fases y etapas culturales; sin embargo, detrás de las formas de cada *huaco*, las incisiones, decorados y engobes, se esconde el secreto de un contenido humano mucho más hondo y significativo, mucho más valioso y trascendente. Podemos apreciar el arte de la cerámica antigua del Perú en muchos de sus aspectos, podemos analizar sus particularidades y admirar sus formas, pero tal vez nunca lleguemos a saber qué es lo que sentían y creían los ceramistas cuando fabricaban sus piezas. ¿Qué significado tenían para ellos? ¿Cuál era la verdadera función social que estaban destinadas a cumplir...?

Los yacimientos de Guañape, Huaca Prieta, las Haldas y Chira Villa, en la costa, y Kotosh en la sierra, son los lugares más señalados para el estudio de la transición de la fase precerámica al período inicial de la alfarería en el Perú. El problema de su conocimiento, de si surgió por evolución o si es el resultado de la difusión —que parece hasta ahora lo más probable por las fechas mucho más tempranas que se tienen en Colombia (Puerto Hormiga 3,500 A.C.) y Ecuador (Valdivia 2,500 A.C.)— sigue aún en pie por falta

de pruebas definitivas; pero, al menos, se puede señalar para el Perú un breve horizonte de transición entre los años 2,000 A.C. en que todavía no aparecen manifestaciones del uso de la cerámica y 1,850 A.C. en que se inicia la cerámica sencilla de Guañape y poco después las de Haldas, Chira Villa y Kotosh.

En sus fases iniciales la cerámica tiene un fin exclusivamente utilitario, pero conforme va evolucionando cobra cada vez mejor factura hasta convertirse en un elemento de pura expresión plástica; rebasando, luego, el simple significado de los adornos, todo lo expresado adquiere un lenguaje superior, un sentido simbólico con fines anímicos más que físicos o materiales. Las asas y los picos que habían sido concebidos por razones de función y comodidad se modifican en la búsqueda estética y vuelven a perder sus objetivos originales: desaparecen algunas formas para dar lugar a otras nuevas, se transfiguran los motivos, se afina el gusto y se perfecciona la técnica, cambian los estilos, pero todo ello dentro de una continuidad evidente. Sabemos por ejemplo, como ha evolucionado la típica asa de estribo desde antecedentes tan remotos como Machalilla; sabemos, asimismo, como los *huacos silvadores* de Chimú ya tienen sus predecesores en las botellas silvato de Chorrera, Ecuador, dos mil quinientos años antes; en fin, es fácil advertir como se van transformando las imágenes y las formas y pasan de una a otra sociedad, de una a otra región. De este modo los estilos tan característicos señalados como "culturas" no son sino momentos de un gran proceso unitario de desarrollo alfarero, especie de segmento de una actividad artesanal cuya tradición tiene por límites la expansión del *área co-tradicional andina*.

En ninguna cultura del Mundo la cerámica adquiere semejante contexto. Tenía funciones que van mucho más allá de las utilitarias o de adorno; era instrumento de expresión artística, se usaban objetos de cerámica como obsequio en señal de pacto amistoso y, sobre todo, era materia de ofrenda común en los ritos y exvotos que los creyentes dedicaban a las divinidades y a los muertos; colgábase en los muros, quebrábase en las cementeras y colocábase en las tumbas. Este significado es uno de los elementos que más tipifican a la cultura peruana y que muestra más objetivamente su unidad. La cerámica era, además, materia de intercambio y comercio a veces entre regiones muy distantes, lo que hoy proporciona apreciables indicios para determinar la contemporaneidad de los estilos. La costumbre de enterrar a los muertos con muchos *huacos* fue una práctica común y parece que los fabricados especialmente con este fin eran elaborados con mayor sentido estético.

En América, el antiguo Perú detenta el primer lugar en la cerámica no sólo por la cantidad y variedad sino por la belleza y calidad de su vasijas. La cerámica peruana difiere de la del Viejo Mundo en dos aspectos principales: a) en el Perú, como en toda América, no se conoció el torno del alfarero, la cerámica era modelada a mano o vaciada en moldes y b) tampoco se llegó a producir loza ni porcelana; se desconocían el vidrio, las pastas vitrificadas y los barnices vítreos.

En las diversas representaciones tanto de la cerámica, como en los dibujos de los tejidos, en los monolitos y estelas talladas, en los mates burilados y otras formas de expresión, existen algunos motivos que se reproducen frecuentemente a través de todas las épocas y en las diversas regiones geográficas y culturales. Se trata de un conjunto de figuras que podemos agruparlas bajo el rubro de *símbolos mágico-religiosos* y cuya frecuencia y persistencia, desde los tiempos precerámicos hasta la época colonial, constituyen prueba fehaciente de otro contexto de unidad de la cultura peruana prehispánica. No se sabe a qué deidad representa el extraño y monstruoso personaje tallado en la llamada Piedra de Chavín, tampoco se ha revelado el misterio de la famosa Portada de Tiahuanaco. ¿Qué representan esos 48 hombrecitos de piernas cortas y brazos ágiles que parecen volar hacia la figura principal que los atrae? Entre Chavín y Tiahuanaco hay enormes distancias: mil años y mil kilómetros; sin embargo no es preciso ser un especialista para darse cuenta que el personaje de la clásica estela es el mismo que el de la figura central de la Portada. Llamémoslo el personaje mítico de los dos centros. Cambian los cetros y las formas, es cierto, son armas florecidas en el de Chavín y parecen ser dos estólicas en Tiahuanaco, pero siempre como signos de omnipotencia ¿el poder en ambas manos? Si hacemos una comparación de las dos figuras notaremos que hay una constante correspondencia entre una y otra y que las variaciones son meramente estilísticas. El personaje de los dos cetros es uno para ambas sociedades. Chavín y Tiahuanaco participaron de una simbología mágico-religiosa común y entre ambas —ya lo dijimos— hay enormes distancias.

La anphisbena, o serpiente de dos cabezas, con sentido de dicotomía, es otro de los símbolos que aparecen desde épocas tempranas y cuyas representaciones se vuelven cada vez más frecuentes, variando constantemente la forma de sus cabezas.

En las representaciones de las épocas tempranas la anphisbena se muestra con mayor frecuencia de manera realista, pero conforme va pasando el tiempo y se suceden las "culturas", se torna cada vez más estilizada, presentándose sus cabezas con rasgos de felino, de cóndor, de pez, de auquénido o simplemente en forma de discos. Por otra parte, esta serpiente se convierte en estólica, en arcoiris, en faja o cinturón de algún personaje, en trensa, en honda o en cetro. Realmente, en el arte peruano prehispánico casi nunca se encuentra un terminal de faja, de sogá, de cetro o de vara, que no remate en una cabeza de serpiente o de otro animal serpentizado.

No podemos afirmar a ciencia cierta qué significa este personaje mítico y aunque con el auxilio de otros elementos de juicio, como las versiones de leyendas tradicionales y las noticias de los cronistas, podamos arribar a razonables interpretaciones, sólo nos limitamos a señalar el aspecto objetivo de uno de los elementos que, en todas las épocas de la cultura antigua del Perú y en todas sus áreas geográficas, constituye un símbolo universal del mundo andino.

Menos frecuente que la anphisbena pero más definido en sus representaciones es la figura del temible *Nakaj* o Degollador, que aparece también desde

temprano y continúa hasta los primeros tiempos coloniales, como se puede comprobar en algunas pinturas de los indígenas y en los dibujos y referencias del propio Huamán Poma de Ayala. En las cerámicas nazca y mochica se le ve constantemente reproducido y se lo identifica por la cabeza seccionada que lleva en una de las manos; sin embargo, no siempre es un símbolo guerrero ni la cabeza trofeo la del enemigo derrotado en la lucha, parece que su representación alcanza otro contexto ligado más bien con los ritos propiciatorios de índole agrícola y que con el tiempo su sentido simbólico se acentúa, haciéndolo cada vez más espantable pero menos real.

Las otras imágenes universales de la mitología pan-peruana son la serpiente, el felino y el cóndor —las dos primeras extendidas en toda América— aunque, en relación con la figura de éste último, en la mayoría de los casos parece tratarse de una falcónida y no del cóndor propiamente dicho.

El ofidio está representado en el arte americano en todas las épocas y lugares y en la región andina no existe estilo en el que no haya sido reproducido. En Chavín aparece un tanto confundido con la anphisbena y el arcoiris. En el monolito Raimondi, por ejemplo, son culebras alternadas con volutas las que irradia el tocado del personaje central, aunque la faja del mismo sea una anphisbena; en la Portada del Sol de Tiahuanaco los cetros del personaje central son sierpes geometrizadas que rematan en cabezas de cóndor o de halcón. La reiteración de estos símbolos, en estrecha relación con los personajes más señalados tal vez signifique la acentuación de su naturaleza divina, lo que nos permite suponer que se trata del dios principal, acaso Demiurgo de mayor trascendencia en el pensamiento religioso andino.

El felino tiene análoga difusión. Se repite frecuentemente en el estilo Chavín y en la mayoría de sus formas, el cuerpo del animal está cubierto de signos que tienden a suprimir su realismo. Es difícil precisar cuáles son los géneros de felinos representados, pero en algunos casos se pueden identificar desde el temible *otorongo*, el más grande de los felinos americanos, hasta una especie de nutria, que con su acusado aspecto felino, tenía una significación mágica por ser habitante del agua y de la tierra.

Parece que los antiguos peruanos separaron el sentido simbólico de los animales en grandes divisiones, a manera de órdenes, dentro de las cuales tenían cierta jerarquía diferentes géneros o especies de animales, de acuerdo con sus características y las cualidades a ellos atribuidas.

El ave es otro de los motivos muy difundidos en el arte de los grupos prehispánicos; cóndores, águilas, halcones son las figuras más frecuentemente reproducidas en la cerámica, en el metal o en la piedra, sin embargo, existe también un interesante repertorio de otras menores, gaviotas, loros, golondrinas, buhos, etc.

Es indudable que los símbolos de algunos animales tuvieron relación con ciertas divisiones étnicas. En muchos casos es un animal el que representa a un grupo social; de tal suerte que en las figuras de muchos de estos símbolos parece existir, desde épocas tempranas, un sentido mítico de origen.

Cualquiera que sea el significado de todas estas imágenes, el sentido con el que se hallan representadas en las diferentes épocas y lugares del territorio andino es el mismo. Todas las formas obedecen, pues, a un contexto mágico-religioso, dentro del cual podrán hallarse muchos cambios y variantes a través del largo proceso de desarrollo cultural, pero la unidad de este contexto es evidente. Desde tiempos precerámicos se han recogido en la Costa tejidos, mates grabados y otros objetos en cuyas decoraciones se advierten ya los rasgos fundamentales que más tarde acabarán por regir las tradiciones clásicas panperuanas.

\*

Todo grupo organizado en sociedad posee un sistema de creencias y prácticas, conocimientos y habilidades, ideas y valores, costumbres y hábitos distintamente estructurados que les son propios y que se identifican en pautas que denominamos patrones culturales, cuya totalidad constituye el carácter o "espíritu" de una cultura, lo que etnológicamente llamamos *ethos*.

Cada cultura representa, ya lo dijimos, un esfuerzo de adaptación a su ambiente. La diversidad de culturas deriva de la multiplicidad de actitudes, inventos y descubrimientos locales; por eso es que, de manera un tanto formal y axiomática, podemos decir que el *ethos* de una cultura es el resultado del modo como se interrelacionan sus formas de producción. La clave para la identificación de una cultura está en la elección de aquellos rasgos o complejos culturales que no son comunes a otras culturas y que la diferencian de las demás. "Una" cultura por lo tanto, puede ser definida como el conglomerado de patrones, complejos y rasgos culturales que presenta una sociedad determinada.

El *ethos* de la Cultura Antigua del Perú está dado, pues, por la suma de sus complejos y rasgos culturales, esto es, por aquella cierta constante en el carácter de hombre andino, su sentido de lo real y lo concreto, por el ritmo y la manera de producir el movimiento dentro del tiempo y por todos aquellos rasgos que encontramos en su personalidad, ideología, religión, arte y en todas sus realizaciones. Desde los tiempos neolíticos, la cultura peruana se distingue por una serie de elementos que le son característicos, por la naturaleza y variedad de las plantas cultivadas o de los animales domesticados, por la ubicación de sus poblados y la manera de construir sus viviendas, por los materiales y la hechura de sus implementos, por la forma de decorar sus mates y ceramios, por la manera de enterrar a sus muertos y, en fin, por todas aquellas peculiaridades que la arqueología nos revela que le son inherentes.

La ideología es la fuerza que cohesiona e impulsa las realizaciones de cada sociedad. Las ideas constituyen el ambiente artificial —no físico— de cualquier sociedad humana y sin embargo constituyen un elemento tan real como los ríos, el tiempo o las montañas. Las sociedades se comportan y reaccionan frente a su ambiente espiritual como a su ambiente natural y de otro lado, la ideología

tiene acción determinante sobre el equipo material siempre en relación con el medio.

No sabemos exactamente cómo pensaba el antiguo hombre peruano, ni cuáles eran sus ideales filosóficos, ni cómo concebía el mundo, no tenemos medios directos para averiguarlo, pero lo podemos inferir a través de la arqueología, de las relaciones y noticias de los cronistas y de algunas tradiciones aborígenes. Sabemos, por ejemplo, que concebían un mundo limitado y susceptible de tres divisiones: Mundo de arriba o cielo, mundo de aquí o tierra y mundo de adentro o subsuelo; sabemos también que en las últimas épocas creían en un Dios demiurgo, universal y espiritual, que no está ubicado en ninguno de estos mundos, lo que significa una concepción religiosa avanzada. Nos dicen los historiadores que el sistema religioso de los incas fue un sistema sincrético, es decir, que tomaron de las religiones de los pueblos precedentes ciertos fundamentos, incluso algunos dioses; esto denota el final de un largo proceso, desde la magia elemental de los tiempos hipotéticos hasta la formación de una iglesia firmemente consolidada por el régimen político, característica de las religiones universales. En la época incaica, Religión, Economía y Estado se hallan íntimamente vinculados; la Iglesia había cobrado el carácter de una institución social y política y esta conjunción de poderes no pudo realizarse sino después de un proceso unitario. La *Revolución Neolítica* y posteriormente la *Revolución Urbana* determinaron las transiciones de la magia paleolítica a ciertas formas de chamanismo la primera, y a la religión de tipo universal, la segunda. Los estadios son bien definidos, como en Egipto, como en Mesoamérica.

En todos los aspectos de la cultura —Arte, Economía, Religión, etc.— se advierte siempre la continuidad, desde las épocas más tempranas hasta la introducción de las formas occidentales con el advenimiento del dominio hispánico. Y, si bien es cierto que en las secuencias de este proceso, de esta continuidad, se encuentran manifestaciones bastante peculiares en ciertas épocas o en determinados lugares del territorio andino, como los estilos que caracterizan las alfarerías de los diferentes grupos, las diferencias que podrían aducirse con respecto a la singularidad de cada estilo, no son sino variaciones locales. En algunos casos, como consecuencia misma de la utilización de los recursos naturales de regiones ecológicas más o menos diferentes, estas variaciones alcanzan otros aspectos de la cultura; pero, vistas desde un aspecto general, no constituyen suficientes diferencias para hablar de “culturas” diversas. Las mismas diferencias regionales, que en ciertos momentos de la historia se advierten con mayor intensidad (períodos del Florecimiento Regional y de los Reinos y Confederaciones, llamados también Intermedio Temprano e Intermedio Tardío) son transformadas por invasiones violentas, primero de las formas tiahuanacoides (900 D.C.) y, posteriormente, por la dominación inca; con propósitos ya específicamente dirigidos a mantener la unidad político-administrativa del territorio.

La unidad de la Cultura Peruana estuvo circunscrita a una gran área ecológica y agrícola que comprendía zonas de diferentes climas, altitudes y características, cuyos límites llegaron a su mayor amplitud a principios del siglo XVI.

Con la Conquista Española se rompió el equilibrio alcanzado tras un largo proceso de domesticación del medio. La quiebra de la unidad cultural produjo un colapso inmediato, haciendo retroceder las fronteras de esta área más acá de las zonas de transición climática, lo que determinó un rápido y crecido aumento del índice de aridez.

Si, finalmente, tenemos que señalar la característica que más tipifica a la Cultura del Perú prehispánico, mejor dicho, al antiguo hombre peruano, sin lugar a duda debemos referirnos a su capacidad de adaptación al medio y a su inquebrantable obstinación por dominarlo. Inmerso en su mundo geográfico, en íntima y ecológica relación con la tierra, con los ríos y las montañas, con los animales y las plantas, va plasmando su medio social e ideológico examinando lo que le es próximo, conociendo las criaturas y el paisaje, familiarizándose con la dureza del mundo andino, con las tempestades, las piedras y las estrellas, transforma las cosas, crea sus objetos, perfecciona su técnica y organiza las pautas que rigen su sociedad. En un esfuerzo por alcanzar una relación con lo que no tiene acceso ni por la observación ni por la experiencia, para reducir las incertidumbres y compensar las crisis que resultan de lo inesperado e imprevisible y con el propósito de dominar un área del Universo que no se somete a su tecnología profana, crea el Mundo de lo Sobrenatural, en cuyo dominio coloca a todo lo que escapa a su conocimiento inmediato. Así, el hombre peruano fue creando, estructurando, edificando la Cultura Peruana, en millares de años de convivir bajo estímulos semejantes, respondiendo a imperativos similares y enfrentándose a la realidad con un mismo sentido.

#### REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- Cardich, Augusto *Lauricocha*. Studia Praehistorica III. Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Buenos Aires, 1964.
- Engel, Frederic *A Preceramic settlement on the Central Coast of Peru: Asia, Unit I*. The American Philosophical Society. Philadelphia, 1963.
- *Geografía Humana Prehistórica y Agricultura Precolombina de la Quebrada de Chilca*. I. Universidad Agraria. Lima, 1968.
- Meggers, Betty J. *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An y Evans, Clifford, Interpretative Review*. Published by The Smithsonian Editores. Institution. Washington, 1963.
- Rowe, John H. *Tiempo, Estilo y Proceso Cultural en la Arqueología Peruana*. Segunda Edición. Instituto de Estudios Andinos. Berkeley, California, 1960.

- Lumbreras, Luis G. *Espacio y Cultura en los Andes*. Sobretiro de la Revista del Museo Nacional. T. XXIX. Lima, 1960. 1964.
- Menzel, Dorothy *Style and time in the Middle Horizont*. Ñawpa Pacha 2. Tawantinsuyu K'uzkiy Paqarichisqa. Institute of Andean Studies. Berkeley, California.
- Valcárcel, Luis E. *Historia del Perú Antiguo*. T. I. Editorial Juan Mejía Baca. Lima, 1964.
- Bonavía, Duccio y Rabines, Rogger "Las fronteras ecológicas de la Civilización Andina" En *Amaru*, Nº 2. Abril 1967. Revista de Artes y Ciencias de la Universidad de Ingeniería. Lima, 1967.
- Means, Philip A. *Civilización of the Andes*. New York, 1931.
- Tello, Julio C. *Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehistóricas Andinas*. Lima, 1942.
- Bennett, Wendel C. *Andean Culture History*. New York, 1960.  
y Bird, Junius
- Mason, Alden. *Las antiguas culturas del Perú*. México, F.C.E. 1962.
- Bushnell, G. H. S. *Perú, Ancient peoples and Places*. London, T. & H. 1956.